

Sagrada Familia. Año A

Lectio divina sobre Mt 2,13-15.19-23

No es casual que la primera fiesta que celebremos tras la Navidad sea la de la sagrada Familia: el Dios que quiso hacerse hombre tuvo que ser, también Él, hijo un día, como cualquiera de nosotros; su decisión de encarnarse entre nosotros le obligó a vivir sometido a la autoridad de María y José. Una familia sencilla, un joven matrimonio creyente, fue el primer hogar y la mejor escuela de Dios cuando quiso aprender a ser hombre. Celebramos hoy a la familia que supo tener, aceptar y educar a Dios como miembro suyo; y, sobre todo, estamos de enhorabuena porque Dios, para hacerse hombre necesitó de una familia, una casa y un hogar, donde aprender humanidad, como cualquiera de nosotros. Pero no sólo agradecemos a Dios su empeño en ser pequeño y ser cuidado como hijo; tenemos que agradecer a quien, como José, aceptó hacer de padre y educar a Dios como a su propio hijo..., entre otras cosas por lo mucho que le costó.

Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

-«Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.»

José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes.

Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: «Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto.»

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo:

-«Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.»

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel.

Pero, al enterarse de que Arquelaos reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Y, avisado en sueños, se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría Nazareno.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Con este episodio Mateo cierra su llamado 'evangelio de la infancia', presagio de un final aún más dramático. Al haberse eliminado la crónica del infanticidio por decisión de Herodes, el pasaje que leemos en la liturgia se concentra en José que, auténtico padre de familia, se responsabiliza de la suerte del niño y de su madre.

Adorado el niño en Belén por magos venidos de Oriente, la historia continua: antes de ser librado de Herodes por José, su padre, Dios Padre se toma a pecho la salvación de su Hijo. Nada que tenga que ver con el niño y su madre es fruto del azar o de la malicia humana: todo sigue un preciso programa divino. El narrador lo apunta concluyendo las dos escenas que componen el relato que ha iniciado con idéntica expresión (*cuando..., el ángel del Señor se apareció en sueños a José*): lo que vive esa familia ha sido previsto y anunciado por los profetas; peligros de muerte y exilio forzado, regreso a Israel y cambio de residencia, cumplen las profecías.

José recibe, por dos veces, precisas órdenes en sueños (Mt 2,13.19.22); que el modo de ser avisado no sea tan impositivo no hace menos exigente las directrices divinas; toda la 'revelación' angélica es una orden continuada: *levántate, coge, huye, quédate...* Como ya hizo con él Dios, cuando le obligó a aceptar el hijo de María y a María como esposa (Mt 1,20-21), le habla en sueños, del que tiene que despertar para realizar lo escuchado: *se levantó, cogió, se fue, se quedó...* Sin rechistar: ni durante el sueño, ni en vela, José opone resistencia alguna. El sueño se la hace ver lo que debe hacer; despierto, se levanta para realizar sueños que no eran suyos, pero que, cumpliéndolos, se cumplían las profecías. La obediencia puntual de José hizo posible a Dios cumplir sus promesas; por la pronta obediencia de José Dios pudo 'salvar' al salvador.

Y Dios salva a su hijo por medio de un padre obediente, cargando con la familia, se exilia en Egipto, sólo para quede claro que, cuando llegue el tiempo de volver a casa, el niño que José ha cuidado tanto es el hijo que Dios ha llamado de Egipto... Hay que notar que José, en sueños, sabrá sólo a medias por qué tuvo que irse a Egipto o cuándo regresar a Israel. Sabía que, yendo a Egipto, salvaría al hijo de María, pero no sabía, retornando de Egipto, el hijo de María se manifestaría como hijo de Dios (cf. Os 11.1). Supo que podía regresar de Egipto, porque se le notificó la muerte de Herodes; pero no conoció con antelación que en Judea no estaba asegurada la vida de su familia y emigró a Nazaret. Para que Dios cumpla sus promesas, no hace falta saberlo todo, sino obedecer inmediatamente. Son los obedientes, como José, quienes ayudan a Dios a realizar su salvación.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Apenas nacido, Jesús corre peligro y pone en peligro a su familia. Belén, Egipto, Nazaret son las tres etapas de una infancia amenazada y de una familia perseguida: aunque el niño está bajo protección divina, sus padres

deben huir y conocer el destierro. Tenerlo como hijo no hizo más que complicar la vida de sus padres terrenos. La intimidad con el hijo no les ahorró tener que obedecer a Dios; se dejaron guiar por el ángel, ¡y en sueños!, quienes tenían a Dios por hijo. La familia de Dios no gozó de una mejor vida: tener a Dios en la familia no hizo más que complicar su existencia. Porque Dios encontró padres obedientes, a costa incluso de la propia vida, Jesús pudo presentarse como el hijo único de Dios.

No se sabe si admirar más la capacidad de Dios de complicar la vida de los suyos o su aparente necesidad de contar con una familia real para presentarse a Israel, a su verdadero hijo. Que Dios se decidiera a entrar en el mundo a través de la convivencia diaria con unas personas que le hacían de padres, que deseara experimentar durante años el afecto y el servicio de su madre María, que quisiera vivir durante años gozando de la protección y sometido a la voluntad de un hombre, José, que hacía las veces de padre, que no tuviera inconveniente alguno en pasar la mayor parte de su vida siendo públicamente reconocido como el hijo de José y de María, nos hace caer en la cuenta de lo mucho que le interesó a Dios ser miembro de una familia verdadera.

No quiso de hecho ser hombre sin hacerse con una familia. El, el único que ya tenía un Padre, Dios, quiso tener madre y padre, como cualquier niño. Para hacerse hombre, no puso Dios demasiadas condiciones: no nació rico ni famoso, no fue deseado antes de nacer y fue perseguido apenas comenzó a vivir, pero a una cosa no renunció, a sentirse en familia desde el primer día en que empezó a ser hombre. Para familiarizarse con el mundo de los hombres, con sus sentimientos y sus actuaciones, quiso vivir en familia. En su seno, como todos nosotros, conoció el pan y las lágrimas, el diario sacrificio y el cariño diario, las pocas y siempre cortas alegrías de la vida humana y sus largas e inevitables renunciaciones: nuestro Dios nació hombre en Belén, de María virgen, pero se hizo hombre en Nazaret, en el seno de su familia; si para nacer Dios no necesitó más que de una virgen creyente y de un esposo obediente para hacerse todo un hombre tuvo que vivir largo tiempo como hijo, en familia.

La encarnación de Dios hubiera quedado frustrada, de no haber encontrado una familia donde crecer y aprender, madurar y vivir como hombre. Si debemos a Dios - y nunca acabaremos de darle gracias por ello - que nos haya querido tanto como para hacérsenos un igual en Jesús de Nazaret, debemos a su familia, a María y a José, - y hoy tenemos la oportunidad de agradecerse - que hayan acogido a Dios como a un hijo y lo hayan educado y acompañado mientras se hacía un hombre. Sin la familia de Nazaret Dios no hubiera podido llegar a ser Jesús, el Dios con nosotros. La familia de Jesús fue hogar y escuela de humanidad para Dios.

No basta con admirar ni a ese Dios, que se procuró una familia, ni a esa familia, que supo hacer de Dios todo un hombre. Para celebrarlo fehacientemente hoy, tendremos que repasar también nuestra vida familiar y preguntarnos por qué en ella nos está sobrando Dios y nos falta tanta humanidad: ¿cómo es posible que, viviendo una vida familiar intensa, podamos estar echando de menos al mismo Dios que se hizo nuestro familiar en el seno de la familia de Nazaret?; ¿y cómo explicar que nuestras familias cristianas, que celebran la encarnación de Dios todos los años, no se vuelvan cada navidad más humanas, más entrañables, más cariñosas con sus miembros, puesto que saben que Dios aprendió humanidad y afecto en el seno de una familia? ¿De qué nos sirve celebrar que Dios quisiera tener una familia, si no logramos sentir nuestra familia como algo divino, como el hogar donde familiarizarnos con Dios o la escuela para aprender a vivir ya como sus hijos?

Es verdad: hacer mejor vida familiar y familiarizarse más con nuestro Dios resulta hoy particularmente difícil. Vivimos en una sociedad que está jugando a diario, y cada vez con mayor eficacia, con la familia, con nuestras familias: se hacen héroes de quienes rompen fácilmente con su vida de familia o se alaba la supuesta madurez de quien se niega a responsabilizarse de las personas que ama; se evita la paternidad cada vez mejor y se honra a quien se desentiende de sus propios hijos. Los padres suelen hoy acusar a los hijos de incomprensión y les pagan con mayores incomprensiones. Se desentienden los hijos de sus padres porque no tienen tiempo ya para quienes les dieron la vida o sólo porque han llegado a ser ancianos.

El cristiano que pone en peligro su vida familiar, el creyente que se exilia de su familia, amenaza su vida de fe. José salvó su hijo abandonando su país y sus paisanos, no dejando a su familia. No es casual que la desintegración familiar, un fenómeno cada vez más actual entre nosotros, coincida con el progreso de una cierta deshumanización de nuestra sociedad y con una experiencia de Dios cada vez más débil entre los creyentes. La familia es para el cristiano lugar donde todo lo humano tiene cabida y sentido, y hogar en el que aprende a sentirse amado por Dios.

La vida de familia, como todo auténtico bien en esta tierra, siempre puede perderse y, por eso mismo, siempre es objeto de especiales cuidados. Habría que recordar, como lo ha hecho el evangelio, que a la familia de Dios no le tocó mejor suerte: ignorada, cuando iba a nacer el niño, fue perseguida, apenas éste vio la luz; tuvo que exiliarse para salvar la vida del hijo y pudo retornar tras la muerte de su perseguidor.

A José no le fue fácil ser familia de Dios, pero la mantuvo unido custodiando al hijo y no perdió de vista nunca a su Dios. Quien desee de veras celebrar la sagrada familia de Nazaret, ha de consagrarse a defender como sagrada su vida de familia; sólo así agradeceremos a Dios como es debido su decisión de ser hijo de José y de María. Pongamos hoy en manos de nuestro Dios, hijo de una familia de Nazaret, a la nuestra y pongámonos nosotros a defender lo que más queremos: la familia que Dios nos ha dado. Es así como se celebra en creyente la navidad.